

caridad como por su viva fé; Felipe, Prócoro, Nicanor, Timon, Pármenas y Nicolás, que acababa de llegar de la provincia de Antioquia. Los Apóstoles, haciendo oracion, les impusieron las manos y confirieron el orden del diaconado, cuya institucion y rito habian recibido del mismo Jesucristo. Ademas de la distribucion de las limosnas, encargóseles tambien la administracion de la Eucaristia en los diferentes barrios de Jerusalem, señalando á cada uno el suyo. Estos fueron los siete primeros diáconos titulares, á cuyo ejemplo se instituyeron despues los de la Iglesia romana, como diremos mas adelante.

Con este aumento de operarios hizo el Evangelio grandes progresos, mas notables por la calidad que por el número de las conversiones, y en breve tiempo abrazó el cristianismo un sinnúmero de descendientes de Aaron. No podia contentarse ya la Sinagoga con imponer un silencio mal observado, y para evitar su total abandono y desercion, se vió obligada á discutir con los nuevos predicadores del nombre de Cristo que gozaban de mas nombradía.

El diácono Esteban descollaba entre todos por la fuerza de sus discursos y de su elocuencia, y mucho mas por los milagros que obraba continuamente á los ojos del pueblo (1). Los helenistas eran los que mas disputaban con él, sin duda porque era griego de nacion, como lo indica su nombre, y porque hablaba comunmente este idioma; mas como no podian hacer frente á la sabiduría divina que se explicaba por su boca, sobornaron á unos testigos para acusarle de blasfemo. Prendiéronle con efecto, y le condujeron al tribunal, donde el sumo Sacerdote quiso interrogarle por sí mismo: todos tenian los ojos puestos en el acusado, y como el Señor por un milagro dió nuevo realce á los dones de la na-

(1) Act. Apost. 6.

turalidad, parecia Esteban en su person y en sus palabras un ángel del cielo.

Comenzó su discurso dando razon de su doctrina y de sus anteriores disputas (1), procurando con suavidad desengañar á sus adversarios; pero advirtiéndole muy luego que estaban obstinados y resueltos á negar la verdad, se propuso únicamente impedir los efectos del escándalo en la multitud, y echándoles en cara enérgicamente su voluntaria ceguedad, les dijo: «vosotros, hombres de dura cerviz y de corazon incircunciso, siempre como perseverais en resistir al Espíritu Santo lo hicieron vuestros padres. ¿Qué Profeta hubo á quien no quitasen la vida? Pero si ellos dieron la muerte á los Precursores de Cristo, vosotros sois, sus sacrilegos asesinos.» Bramaban enfurecidos al oír estas palabras, y rechinaban de cólera los dientes.

Pero San Esteban, sin aterrarse con estos crueles pronósticos, alzó serenamente los ojos al cielo de donde esperaba sus auxilios y su corona. Vióle abierto, y le fué manifestada la gloria de Dios y de la Santa Humanidad de Jesucristo, y exclamó diciendo: «Veo los cielos abiertos, y al Hijo del Hombre que está á la diestra de su Eterno Padre.»

No le permitieron pronunciar mas palabra, y tapándose los oídos como si oyesen alguna blasfemia, se lanzaron sediciosamente sobre el santo diácono, y sin esperar ninguna sentencia que le condenase, le arrastraron fuera de Jerusalem, donde no era uso ejecutar la pena capital. Previniéronse de piedras, y los testigos, que segun la costumbre debian apedrearle, entregaron sus vestidos para que se los guardase á un mozo llamado Saulo, no menos furioso que ellos, pero que no tenia aun treinta años que eran necesarios para ser actor ó testigo

(1) Act. Apost. 7.

jurídico en semejantes ejecuciones. Este es aquel vaso de eleccion, engañado entonces por sus preocupaciones y por un celo indiscreto en defensa de la Religion de sus padres, y á quien veremos despues sobresalir entre los demas Apóstoles, debiendo su conversion á las oraciones que el Santo Mártir hizo por sus verdugos mientras le apedreaban (1). Sin embargo del pretexto de que se valieron los acusadores de Esteban para perderle, no le imprimió su muerte la menor infamia, pues luego que calmó el primer furor de aquellos homicidas, fué enterrado solemnemente con mucho llanto, lo cual nunca se podia hacer con los reos condenados por la autoridad legitima (2). Dedicóle este piadoso obsequio el fariseo Gamaliel, quien trasladó las santas reliquias á una casa de campo que tenia á ocho leguas de Jerusalem, y donde él mismo fué despues sepultado con su sobrino Nicodemo, uno de los que embalsamaron el cuerpo del Salvador.

Este primer martirio fué como el preludio de una persecucion general contra la Iglesia, limitada hasta entonces á la capital de Judea. Procedieron con tanto artificio los príncipes y sacerdotes, que el público inconstante creyó, ó fingió creer, que sus enemigos eran culpables. Mas el endurecimiento de la capital solo sirvió á derramar por los pueblos distantes la luz de la fé. Los Apóstoles fueron los únicos que quedaron á la vista de aquella primera grey, porque temian entregarla á los peligros de la seduccion, mientras los demas operarios se dispersaron por aquellas provincias de Palestina sujetas mas inmediatamente al imperio romano, y poco despues por Fenicia, por la isla de Chipre, y por el distrito de Antioquia. Llegó hasta Damasco un discí-

pulo llamado Ananías, donde formó una iglesia de solos judíos convertidos, porque todavia no se anunciaba el Evangelio á los gentiles. Prendieron por entonces en Jerusalem á muchos de los fieles, de los que algunos fueron martirizados. Mostrábase Saulo de dia en dia mas ardiente en perseguirlos, y consiguió de los magistrados plenos poderes para entrar en todas las casas y hacer todas las pesquisas que quisiese contra los fieles. Sacaba de ellas indistintamente á hombres y mugeres, y cargándolos de cadenas los hacia castigar vergonzosamente en las Sinagogas.

Mientras lo mas ilustre de la nacion judaica permanecia en esta ceguedad, los samaritanos, á quienes el celo apostólico contaba entre las ovejas extraviadas de la casa de Israel, recibian con muy diversas disposiciones la doctrina saludable. Predicaba á este pueblo con mucho fruto Felipe, uno de los diáconos colegas de Esteban, confirmando con milagros todo lo que enseñaba. Por aquel tiempo vivia en Samaria un hombre llamado Simon, natural de Giton, en la misma provincia (1), tan famoso por sus prestigios, que le daban el nombre de «virtud de Dios.» Sin embargo, no pudo resistir al Santo Levita, y mostrándose convencido se rindió al supremo poder de Jesucristo y pidió el Bautismo. Llevó á Samaria á los Apóstoles San Pedro y San Juan (que se habian separado por algun tiempo de sus hermanos en Jerusalem) esta multitud de nuevos creyentes para que les administrasen el Sacramento de la Confirmacion, que no podia conferir un diácono. Iban entonces casi siempre unidos á la recepcion de este Sacramento el don de lenguas y demas milagros, y juzgando Simon que á fuerza de dinero podria lograr estas divinas prerogativas, se atrevió á proponerlo á los Apóstoles.

(1) Act. Apost. 7.

(2) Thaltn. Sanhedr. cap. 6.

(1) S. Justin. Apol. 2.

“Tu dinero sea tu perdición”, le respondió San Pedro indignado (1), pues creíste que los dones del cielo pueden ponerse en venta.” Exhortóle seriamente á hacer penitencia, y aunque Simon lo ofreció, mostró despues que su arrepentimiento era fingido, y que nacia de un temor servil á los ministros del Señor depositarios de su omnipotencia. Por eso su simulacion y tráfico sacrilego dió el nombre del autor á todas las negociaciones de esta naturaleza.

No tardó ademas en valerse de los imperfectos conocimientos que tenia del cristianismo para inventar una heregia que fué la primera que afligió á la Iglesia. Simon llevaba consigo una muger que habia comprado en Tiro, donde era esclava prostituta, y se llamaba Helena ó Selena, que en griego significa Luna (2). Son innumerables los delirios que publicaba acerca de esta muger, mezclando las fábulas mitológicas con lo poco que sabia de nuestras divinas Escrituras, y desfigurando con esta union monstruosa la historia de la creacion y nuestros santos misterios. Su doctrina acerca de las costumbres era tan corrompida como su fé, pues ponía por principio, que no existia ninguna accion buena por su naturaleza; que las buenas obras eran inútiles para la vida eterna, y que solo se salvaban los hombres por la gracia de que él se decia autor. No le faltaron discípulos que sostuvieran por espacio de unos dos siglos su secta; pero al fin se destruyó por sí misma sin haber sido nunca perseguida. Sus sectarios eran tan hipócritas y engañosos como su cabeza, digno por cierto de ser modelo de todos los heresiarcas. Simon ocultó su perversa doctrina hasta que San Pedro y San Juan salieron de Samaria para volver á Jerusalem; y á su regreso estos

(1) Act. Apost. 8.
(2) Iren. lib. 1, c. 20.

dos Apóstoles, los primeros y mas ilustres testigos de la resurreccion de Jesucristo, predicaron la gloria de su nombre en todo el pais de los samaritanos con un fruto igual á su autoridad.

El diácono San Felipe recibió orden del Señor (1) por medio de un ángel para dirigirse hácia el Mediodía, al camino que va de Jerusalem á Gaza, llamado la *Via desierta*, desde que Alejandro Magno en sus expediciones contra los persas habia destruido esta última ciudad. Encontróse en este camino con un etiope distinguido que era eunuco y ministro de Cándaces, reina de aquella parte de Etiopía, donde dicen que las mugeres poseian la soberanía con exclusion de los hombres. Era judío de origen ó religion, al menos asi parece indicárnoslo la época de su bautismo, administrado en un tiempo en que aún no estaba decidido que se debia bautizar á los incircuncisos. Habia ido á adorar en Jerusalem al verdadero Dios, y regresaba á su patria, empleando el tiempo del viage en la lectura de los libros proféticos. Oyó Felipe que leia al profeta Isaías, y acercándose á él le dijo: “¿Comprendeis lo que vais leyendo?” “No,” respondió con humildad el eunuco, á quien Dios hablaba al mismo tiempo en su interior; “pero subid aqui, y me esplicareis lo que yo no entiendo.” El etiope leia este pasage: “Fué conducido á la muerte como una oveja (2),” y el levita de la ley nueva le demostró el cumplimiento de esta profecía en la muerte de Jesus de Nazareth, de la cual no pudo menos de haber oido hablar durante su residencia en Jerusalem. Esplicóle despues nuestros principales misterios, el orden y economía de la divina misericordia en favor del género humano, y la necesidad de una regeneración espiri-

(1) Act. Apost. 8.
(2) Isai. 53.

tual para participar de ella; y como el dócil y fervoroso discípulo viese agua cerca del camino, exclamó diciendo: “Hé ahí lo que necesito para conseguir la gracia del bautismo, si no hallais algun obstáculo.” “No hay ninguno,” respondió Felipe, si creéis de todo vuestro corazón.” “Creo firmemente,” añadió el etiope, que Jesucristo es Hijo de Dios;” y al momento fué bautizado. Prosiguió su viage lleno de alegría y con grandes deseos de anunciar en su pais las sublimes verdades que habia aprendido. Desapareció repentinamente el diácono Felipe, habiendo sido arrebatado por el Espíritu del Señor de la vista del eunuco (1), y se halló en la ciudad de Azoto, á orillas del mar Grande ó Mediterráneo, y recorrió aquella costa predicando la fé en todos los pueblos de consideracion hasta Cesarea, donde habitaba su familia.

Reinaba todavía la paz entre los fieles que vivian lejos de Jerusalem, y el Evangelio hacia grandes progresos en esas provincias distantes de aquella capital. Saulo, que se mostraba cada dia mas ardiente defensor de la ley de sus padres, escuchó estas noticias con un violento despecho y resolvió estorbar á todo trance esos progresos. No habia otro mas á propósito para ejecutar semejante designio: Saulo habia nacido en Tarso, capital de Cilicia, de padres judíos, de la tribu de Benjamin, y tenia el carácter inquieto é impetuoso que los libros santos parece le atribuyen, figurándolo bajo el emblema de un lobo rapaz é insaciable. Era jóven ademas, y atrevido, y de un temple superior á todas las fatigas, y de un valor que despreciaba todos los peligros y vencía todas las dificultades. Las personas con quienes trataba abrazaban su dictámen, sin poder contrastar la fuerza de su ingenio elevado y penetrante, que per-

feccionó en su patria con el estudio. Gozaba aquella ilustre metrópoli todos los privilegios de la ciudad de Roma (1), y se enseñaban en ella todas las ciencias lo mismo que en Atenas y en otras célebres escuelas. Saulo estudió la ciencia de la ley y de la Religion en la capital de Judea con el doctor Gamaliel, y á ejemplo de su maestro profesaba las máximas severas de los fariseos. Distingúale tambien la pureza de sus costumbres, la nobleza de sus pensamientos y la rectitud de su carácter; pero no por esto se mostraba menos enemigo de la doctrina del Evangelio, antes por el contrario miraba á los que la anunciaban como á innovadores irreligiosos, á quienes debia combatir de todos modos.

Trabajó pues para que el Soberano Pontífice le revistiese de amplios poderes para perseguir á los fieles de todas las provincias, y con especialidad á los de Damasco, donde el discípulo Ananías habia convertido á Cristo gran número de israelitas. Tenia autoridad sobre ellos el Sumo Sacerdote, y sus Sinagogas dependian de la de Jerusalem. Confió á Saulo cartas credenciales (2), con facultad de aprisionar á todos los hijos de Jacob, hombres y mugeres, que se hubiesen hecho cristianos, y conducirlos á Jerusalem para que los juzgase el tribunal de la nacion. Mas al tiempo de acercarse Saulo á Damasco respirando amenazas y castigos, se vió de repente cercado por una luz celestial, que dividiendo el aire con la velocidad de un relámpago oscureció el sol por algunos momentos. Cayó en tierra Saulo herido como de un rayo, con todos los que le acompañaban, percibiendo una voz que le decia en hebreo: “Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues?” “¿Quién sois vos, Señor?” exclamó Saulo. “Yo soy, le respondió, el Sal-

(1) Act. Apost. 8.
B. del C., tomo XVI.—III.—HISTORIA ECLESIASTICA.—Tomo I.

(1) Strab. lib. 4.
(2) Act. Ap. ost. 9.

vador, Jesús Nazareno, á quien haces la guerra, y á cuya voz será para tí funesta la resistencia." "¿Pues qué quereis, Señor, que haga?" dijo Saulo aterrado y confuso. "Levántate, le dice el Señor, entra en la ciudad y allí te mostraré lo que debes hacer. Mas ten entendido desde ahora, que te he escogido para predicar las maravillas que has visto. Nada temas de parte de los judíos, y mucho menos de los gentiles, á quienes tú has de libertar del yugo de Satanás, para que por la fé viva que tendrán en mí participen de la herencia de los Santos."

Los compañeros de Saulo, que eran todos judíos originarios de Grecia, permanecian entre tanto inmóviles y atentos, y solo oían el sonido de la voz celestial, sin entender las palabras ni ver nada. Levantóse Saulo, pero se levantó ciego; de suerte que fué necesario guiarle de la mano hasta Damasco, donde permaneció tres dias sin recobrar la vista, y sin comer ni beber. La oracion y meditación le ocupaban de continuo, hablando muy poco con los que le visitaban, y ocultando con mucha reserva la gracia maravillosa que acababa de convertir su corazón. Al cabo de los tres dias tuvo otra nueva vision en la que se le apareció el discípulo Ananías en accion de ponerle las manos, y á su vez Ananías recibia orden del Señor para buscar á Saulo, y curarle de su doble ceguera. Con efecto, luego que le puso las manos, cayeron de sus ojos unas como escamas (1), con lo cual recobró la vista el nuevo discípulo, y fué bautizado, permaneciendo tranquilo algunos dias en compañía de los fieles.

No tardó Saulo en presentarse en las Sinagogas predicando á Jesucristo con gran celo, y asegurando que este Hombre prodigioso, condenado á muerte por el Consejo de la nacion judaica, y cuyos discipulos ha-

bia él mismo poco antes perseguido, era el Hijo único de Dios, el Libertador anunciado por los Profetas y el verdadero Mesías. Era de grande peso este testimonio de Saulo, pero aunque confundió á los judíos de Damasco, no consiguió convertirlos, y aun se vió precisado á ausentarse por largo tiempo, ya para instruir en la Arabia á otros israelitas mejor dispuestos en favor de su doctrina, ya para vivir ignorado entre la gente sencilla del territorio de Damasco, sujeta por entonces á Aretas, rey de los árabes. Creyendo despues pasada la tormenta, condújole de nuevo su celo á la ciudad, donde juzgó seria mas útil su presencia, y allí disputó libremente con los gentiles, de quienes era con especialidad Apóstol, invitándolos á que ocupasen en la Iglesia el lugar de los indóciles israelitas. Era esto herirles en la parte mas delicada; y asi se indignaron de tal suerte, que formaron la resolución de deshacerse de un hombre cuyas cualidades personales y las circunstancias de su vida le hacian igualmente temible. Ganaron, pues, al gobernador, el cual puso centinelas á las puertas de la ciudad para estorbar que Saulo huyese; y viendo los fieles que no quedaba otro medio de salvarle, le descolgaron una noche por la muralla metido en una espuerta. Entonces para hacer ver que su retirada no era por el cuidado de su persona, ni por libertarse de los trabajos, se encaminó á Jerusalem donde solo podia esperar nuevas fatigas y peligros tal vez mucho mayores que los que habia sufrido en Damasco.

Aunque la Judea no era el campo destinado á su celo, no por eso era ménos religioso el motivo de su viaje. El presentarse á San Pedro lo reputaba Saulo una obligacion indispensable (1), porque todavía no era conocido de este, ni tampoco de

(1) Act. Apost. 9.

(1) Hieron. et Chrysost. in Epist. ad Gal. (1)

los otros Apóstoles, y debia dar cuenta de su mision al Vicario de Jesucristo. Habian concebido los fieles de Jerusalem tan gran pavor á Saulo, que en los primeros dias de su llegada le miraban con mucha desconfianza (1), aunque hacia la profesion mas auténtica de la ley nueva. Todos huian de él con espanto, sin darle tiempo para que se esplicase; pero Bernabé, su antiguo condiscipulo en la escuela de Gamaliel, fué á buscarle, y le condujo á presencia de los Apóstoles San Pedro y Santiago, que eran los únicos que permanecian en Jerusalem. Bernabé les refirió la aparicion de Jesucristo á Saulo, y todo lo que este nuevo Apóstol, instruido inmediatamente por el Señor, habia hecho en Damasco. Detúvole San Pedro quince dias en su casa, donde le dió á conocer á los principales de los fieles, y donde se cree que le confirió, por medio de la imposición de las manos, el carácter del Sacerdoció y la dignidad episcopal, habiendo ya recibido Saulo la mision del mismo Jesucristo. Procuró en este intervalo reparar en la capital el escándalo que sus violencias habian causado en otro tiempo: no dejaba pasar ninguna ocasion de rendir á Jesucristo públicos homenajes, y muchas veces disputaba con los judíos alienigenas ó extranjeros, porque los naturales rehusaban verle y oírle.

No desfallecieron sin embargo estos á vista de que se habia convertido contra ellos uno de sus compañeros mas celosos, y como acostumbraban participar á sus hermanos, esparcidos por todo el mundo, los nombres de los que habian sido condenados en la Ciudad Santa por causa de Religion (2), se valieron de este medio para indisponer á los judíos de todas las provincias contra Saulo, y contra todos los fieles, á quienes

acusaban de ateísmo y de otros mil horrores que despues tomaron mucho crédito entre los perseguidores idólatras.

Pilatos por su parte (1) creyó que la muerte de Jesucristo era demasiado extraordinaria para dejar de ponerla en conocimiento del emperador, como en tales casos debian hacerlo los gobernadores de las provincias. Remitió, pues, á Roma las actas originales del proceso, y admirado Tiberio de los prodigios que referian, propuso al Senado se colocase á Cristo en el número de los dioses del imperio (2); pero al único verdadero Dios no podia ser grato semejante culto, y por otra parte los senadores se opusieron á ejecutar este designio, representando al emperador con muchas lisonjas, que no podian conceder los honores divinos á otro hombre, habiéndolos él mismo rehusado. Conservó siempre este príncipe su benevolencia á los cristianos, y aun amenazó con pena de muerte á cualquiera que se atreviese á delatarlos ó inquietarlos. Poco tiempo despues (3) cayó Pilato en desgracia, porque los samaritanos á quienes habia maltratado, se quejaron de él á Vitelio, gobernador de Siria, á quien estaba subordinado el de Judea, y le hizo pasar á Roma para responder á las acusaciones. Dilatóse mucho el negocio por causa de la muerte de Tiberio, acaccida en el año 57 de Jesucristo. Su sucesor Caligula tampoco se mostró favorable á Pilato, y en el año 59 le desterró á Viena en las Galias, donde se dió la muerte desesperado.

Casi el mismo fué el fin de Herodes Antipas (4), hijo de Herodes el viejo, verdugo de los Santos Inocentes, quien se hizo no

(1) Tertul. Apolog. cap. 5.

(2) Euseb. Chron. an. 37.

(3) Joseph. Antiquit. lib. 18, cap. 8.

(4) Id. ibid.

(1) Act. Apost. 9.

(2) S. Justin. Dialog. cum Triph.